

Aviso introductorio¹¹⁸

CUANDO ESTABA ATAREADO escribiendo un relato sobre la gran compañía Astoria, tenía por costumbre recabar todo tipo de información oral relacionada con el tema. Ningún otro sitio me sirvió para obtener más datos interesantes que la mesa del señor John Jacob Astor, quien, como patriarca del comercio peletero en los Estados Unidos, estaba acostumbrado a sentar a su vera a muchos aventureros que habían llevado a cabo expediciones por las Montañas Rocosas y por las aguas del Columbia, unos para la compañía y otros por su propia cuenta.

Uno de esos personajes, el capitán Bonneville, del Ejército de los Estados Unidos, avivó particularmente mi

imaginación porque, de manera un tanto enrevesada, había combinado extrañamente los oficios de trampero y cazador con el de soldado. Como sus expediciones y aventuras constituirán el tema principal de las páginas que siguen, permítanme que ofrezca algunos detalles biográficos sobre su persona.

El capitán Bonneville es de origen francés. Su padre fue un meritorio emigrante que, ya maduro, llegó a este país hace muchos años y se asentó en Nueva York. Era un hombre al parecer poco preparado para la lucha sórdida por hacer dinero, pero poseía un temperamento alegre, una viva imaginación y una sencillez de corazón que le permitieron afrontar pruebas y desafíos. Era un estudioso aplicado, buen conocedor del latín y del griego, y amante de los clásicos modernos. Sus libros eran sus Campos Elíseos: una vez inmerso en las páginas de Voltaire, de Corneille o de Racine, o de su autor favorito, Shakespeare, se olvidaba del mundo y de todas sus preocupaciones. Durante el verano se le veía a menudo sentado bajo uno de los árboles de la Battery¹¹⁹, o en el pórtico de la iglesia de St. Paul, en Broadway, con la calva al descubierto, el sombrero tirado a su vera, los ojos clavados en la página de su libro y con el alma tan dedicada a la lectura que no era consciente del gentío que pasaba a su lado.

Como comprobaremos, el capitán Bonneville había heredado de su padre parte de la *bonhommie*¹²⁰ y su viva imaginación, aunque desde la infancia esta última fuera disciplinada por las matemáticas. Fue educado en la Academia Nacional Militar de West Point, donde fue un alumno brillante; al salir de allí ingresó en el ejército, en el que ha continuado desde entonces.

Las obligaciones militares lo llevaron hasta la frontera del Lejano Oeste, donde desempeñó varios destinos. Allí se relacionó frecuentemente con los comerciantes indios¹²¹, con los tramperos de las montañas y con otros pioneros de la vida silvestre, y quedó tan cautivado por sus cuentos acerca de aventuras salvajes y por sus relatos sobre las grandes y magníficas regiones que aún permanecían inexploradas, que una expedición a las Montañas Rocosas se convirtió en un ardiente deseo de su corazón, y una aventura para explorar rutas desconocidas en el principal objeto de su ambición¹²².

Poco a poco fue haciendo que su sueño se convirtiera en realidad. Después de haber planeado a conciencia todo lo necesario para una expedición comercial más allá de las montañas, decidió emprenderla. El Comandante General¹²³ le concedió un permiso de ausencia y aprobó una expedición que combinaba intereses privados con el servicio público del Departamento de Guerra, puesto que tendría que recopilar información estadística relacionada con los territorios vírgenes y las tribus salvajes que visitaría durante sus viajes.

Salvo peculio y medios, en ese momento nada le faltaba al proyecto favorito del capitán. La expedición requeriría un equipo de muchos miles de dólares, un obstáculo insalvable para un soldado cuyo capital raramente supera el de su espada. Sin embargo, pletórico como estaba de esperanza, algo muy acorde con su temperamento sanguíneo, puso el punto de mira en Nueva York, el gran centro empresarial americano, donde siempre hay fondos listos para cualquier proyecto por quimérico o romántico que resulte. Allí tuvo la suerte de encontrarse con un caballero muy respetable e influyente que había sido su compañero de infancia, con el que guarda-

ba una amistad que arrancaba desde el colegio. Se interesó por el proyecto del capitán; le presentó a los comerciantes que conocía y en poco tiempo se constituyó una sociedad y se aportaron los fondos necesarios para poner en práctica la empresa. Una de las personas más útiles para esa sociedad fue el señor Alfred Seton, que, cuando era muy joven, había acompañado a una de las expediciones enviadas por el señor Astor a sus puestos comerciales en el Columbia y se había distinguido por su laboriosidad y valor en uno de los establecimientos del interior. El señor Seton era uno de los jóvenes norteamericanos que se encontraban en Astoria en el momento de su entrega a los británicos, y uno de los que manifestaron dolor e indignación al ver como se arriaba la bandera de su país¹²⁴. La esperanza de ver otra vez esa bandera ondeando en las orillas del Columbia pudo haber sido uno de sus motivos para participar en la empresa.

Con esos apoyos y subvenciones, el capitán Bonneville emprendió su expedición al Lejano Oeste y pronto estuvo más allá de las Montañas Rocosas. Transcurrió año tras año sin que regresara. Expiró el tiempo de su licencia sin que se supiera nada de él en los cuarteles generales de Washington. Se le consideró virtualmente muerto o perdido y su nombre fue borrado del escalafón militar.

En el otoño de 1835, estando en la casa de campo del señor John Jacob Astor, en Hellgate, me encontré por primera vez con el capitán Bonneville, que acababa regresar de su estancia de más de tres años en las montañas e iba camino de presentarse en los cuarteles generales con intención de reincorporarse al servicio. De todo lo que pude deducir, sus andanzas por la naturaleza salvaje, aunque habían recom-

pensado su curiosidad y su amor por la aventura, no habían beneficiado en mucho su fortuna. Como las campañas del cabo Trim ¹²⁵, que habían «satisfecho sus sentimientos», ahí terminaba todo. De hecho, era un soldado demasiado franco y honesto, y había heredado mucho del temperamento de su padre como para convertirse en un trampero sagaz o en un comerciante próspero.

Había algo en la apariencia general del capitán que me predispuso a su favor. Era de estatura media y de buena constitución; un uniforme militar de corte extranjero que vestía para el servicio le otorgaba una apariencia fornida. Su aspecto era franco, abierto y atractivo; estaba muy bronceado por el sol y tenía cierta pinta de francés. Lucía unos agradables ojos negros y una frente despejada, y, cuando tenía calado el sombrero, parecía un hombre en la flor de la vida; pero cuando dejaba su cabeza a la intemperie, una corona calva le añadía unos cuantos años más de los que realmente le correspondían.

Como por entonces yo sentía una enorme curiosidad por todo lo relacionado con el Lejano Oeste, le formulé muchas preguntas. Sus respuestas contenían una serie de detalles muy llamativos y me las ofreció con una modestia mezclada de franqueza, una gentileza y un tono de voz suave, que contrastaban mucho con el fondo salvaje y a menudo sorprendente de sus contenidos. Era difícil concebir que esa persona serena y de aspecto tranquilo que tenía delante de mí fuera el héroe real de los emocionantes acontecimientos que narraba.

Al cabo de tres o cuatro meses, cuando me hallaba en Washington, me encontré de nuevo con el capitán, que esta-

ba atendiendo al lento cumplimiento de sus asuntos con el Departamento de Guerra. Lo encontré compartiendo alojamiento con un honorable compañero de armas, un mayor del ejército. Estaba en un gran barracón escribiendo sobre una mesa, cubierta de mapas y papeles, situada en el centro de la estancia, caprichosamente decorada con armas, ropajes y trofeos indios. De las paredes colgaban estampas de juegos y ceremonias indias y escenas de guerra y caza. En una palabra, el capitán estaba entretenido en el tedio de dar cuenta a la corte de sus andanzas; para ello reescribía y ampliaba sus notas de campo y elaboraba mapas de las regiones que había explorado. Mientras estaba sentado en la mesa de ese curioso gabinete, con su prominente cabeza calva de aspecto algo extraño, me recordó a algunos de esos antiguos retratos que he visto en los viejos libros españoles.

El resultado de su trabajo fue un grueso manuscrito que más tarde puso a mi disposición para que lo publicara y lo expusiera ante el mundo¹²⁶. Estaba repleto de detalles interesantes sobre la vida en las montañas y sobre estirpes de hombres blancos y razas singulares de pieles rojas entre los cuales había vivido. Llevaba, también, la impronta de su carácter, su *bonhomie*, su bondad de espíritu y su sensibilidad hacia lo grande y lo hermoso.

Ese manuscrito es el fundamento de la obra que sigue. A veces he entreverado en él acontecimientos y detalles recopilados de diversas fuentes, en especial de las conversaciones y diarios de algunos de los contemporáneos del capitán que fueron protagonistas de los hechos que describe. También le he dado un barniz y un cierto colorido extraídos de mi propia experiencia durante una incursión en territorio indio más

allá de los límites de la civilización¹²⁷; pero como he dicho antes, el trabajo es esencialmente la meritada narración del capitán, y muchos de sus pasajes más representativos se separan muy poco de su propio lenguaje.

Concluiré esta introducción con una dedicatoria que Bonneville había hecho en su manuscrito a su hospitalario hermano de armas, en cuyo alojamiento lo encontré ocupado en sus trabajos literarios; se trata de una merecida ofrenda que, creo, posee las sinceras cualidades que no siempre se encuentran en documentos de este tipo:

A James Harvey Hook, mayor del Ejército de Estados Unidos, celoso del honor de su profesión, dedicado a sus intereses y atento a sus necesidades, se hizo querer en el ejército como Amigo del Soldado; su continua amabilidad, su constante serenidad, su hospitalidad desinteresada y su benevolencia incansable, le dan derecho al título aún más elevado de Amigo del Hombre. Este libro está dedicado a él, etcétera.



CAPÍTULO 1

EN UNA OBRA RECIENTE hemos dado cuenta de la gran empresa del señor John Jacob Astor, la de establecer un emporio americano para el comercio peletero en la desembocadura del Columbia, o río de Oregón; del fracaso de la empresa debido a la captura de Astoria por los británicos en 1814; y de la forma en que el control del comercio en el Columbia y sus dependencias cayeron en manos de la Compañía del Noroeste. Asimismo, aunque el puesto fue cedido al Gobierno británico cuando todavía estaba ocupado por dicha compañía, denunciaremos la desafortunada indolencia del Gobierno estadounidense al desdeñar la solicitud del señor Astor para proteger la bandera americana y enviar una pequeña fuerza militar que pudiera devolverle la

posesión de Astoria una vez restablecida la paz. Gracias a esa falta de interés, la soberanía del territorio se ha perdido prácticamente para los Estados Unidos; ambos gobiernos tendrán grandes inconvenientes y dificultades para resolver las cuestiones de justo y legítimo equilibrio en el que se hubieran colocado sin dificultad de haber atendido la proposición del señor Astor. Con objeto de conducir al lector hasta el período que estamos a punto de tratar y para prepararlo para las circunstancias que rodean a nuestro relato, daremos a continuación algunos detalles de los acontecimientos posteriores.

Como consecuencia de la apatía y la negligencia del Gobierno estadounidense, el señor Astor abandonó toda idea de recuperar Astoria y no hizo ningún otro intento de extender sus empresas más allá de las Montañas Rocosas. La Compañía del Noroeste se consideraba a sí misma dueña y señora del territorio. La compañía siempre disfrutó sin ser molestada del dominio que habían conquistado de forma un tanto subrepticia. Sobrevino una rivalidad feroz entre ellos y su vieja rival, la Compañía de la Bahía de Hudson, que se llevó a cabo con gran coste y sacrificio, y, en ocasiones, con pérdidas de vidas humanas. La competencia terminó con la ruina de la mayoría de los socios de la Compañía del Noroeste y la fusión, en 1821, de lo que quedaba de ella con la compañía rival. A partir de ese momento, la Compañía de la Bahía de Hudson ostentó el monopolio del comercio indio desde la costa del Pacífico a las Montañas Rocosas en una extensión considerable hacia el norte y hacia el sur. Trasladaron el emporio de Astoria a Fort Vancouver, un puesto fortificado en la margen izquierda del río Columbia, a unas sesenta millas de su desembocadura; desde allí avi-

tuallaban sus puestos interiores y enviaban a sus brigadas de cazadores.

Las Montañas Rocosas constituían una inmensa barrera entre ellos y los Estados Unidos, y sus abruptos y temibles desfiladeros, sus valles pedregosos y las grandes llanuras del oeste regadas por sus ríos, eran casi una *terra incognita*¹²⁸ para el cazador americano. Las dificultades experimentadas en 1808 por el señor Henry, de la Compañía del Misuri, el primer estadounidense que trampeó en las cabeceras del Columbia, y las penurias terribles sufridas por Wilson P. Hunt, Ramsay Crooks, Robert Stuart y otros intrépidos astorianos en sus malogradas expediciones a través de las montañas, parecieron frenar durante algún tiempo todos los intentos de aventurarse en esa región. Los comerciantes estadounidenses se contentaron con remontar las ramas principales del Misuri, del Yellowstone y de otros ríos y arroyos de la vertiente atlántica de las montañas, pero se abstuvieron de descretar las grandes sierras coronadas de nieve.

Uno de los primeros en emprender las expediciones tramontanas fue el general Ashley, de Misuri, un hombre cuyo coraje y éxito, con que logró desarrollar sus empresas, le han hecho famoso en el Lejano Oeste. En colaboración con el ya mencionado señor Henry, en 1822 estableció un puesto en las orillas del río Yellowstone y al año siguiente envió hacia el oeste una valiente partida de tramperos a través de las montañas que alcanzó las orillas del río Green o Colorado, a menudo conocido por el nombre indígena de Seeds-ke-dee Agie¹²⁹. El intento fue seguido y sostenido por otros hasta que en 1825 se aseguró una cabeza de puente y un sistema completo de trampeo organizado más allá de las montañas.

Es difícil hacer justicia a la valentía, la fortaleza y la perseverancia de los pioneros del comercio peletero que llevaron a cabo aquellas expediciones pioneras que abrieron por primera vez el camino a través de una naturaleza salvaje en la que todo parecía estar calculado para disuadirlos y desalentarlos. Tuvieron que atravesar las más tristes y desoladas montañas, unas tierras vírgenes y sin caminos, deshabitadas o de vez en cuando infestadas de salvajes depredadores y crueles. No sabían nada del territorio que estaba más allá de su vista y tenían que obtener información mientras deambulaban. Contemplaban llanuras volcánicas que se extendían a su alrededor y cadenas de montañas que llegaban hasta las nubes y relucían con nieves perpetuas; y no sabían nada de sus desfiladeros, ni cómo iban a poder penetrarlos o atravesarlos. Se lanzaban en frágiles canoas por los ríos sin saber adónde les llevarían sus veloces corrientes o qué rocas, bancos de arena y rápidos podrían encontrar en su singladura. También tenían que permanecer siempre alerta frente a las tribus montaraces que les acosaban en cada desfiladero, les tendían emboscadas en el camino o los atacaban en sus acampadas nocturnas; de modo que se dice que tres quintas partes de las partidas de osados tramperos que entraron por primera vez en esas regiones sucumbieron a manos de sus salvajes enemigos.

De esta escuela salvaje y aguerrida surgieron varios líderes, primero como empleados y luego como socios de Ashley; entre ellos podemos mencionar a Smith, Fitzpatrick, Bridger, Robert Campbell y William Sublette, cuyas exploraciones y hazañas dan testimonio del espíritu aventurero más novelesco. La sociedad iniciada por el general Ashley experimentó varias modificaciones. Cuando ese caballero adquirió una

notable fortuna, vendió su participación y se retiró; el líder que le sucedió fue el capitán William Sublette, un hombre digno de mención porque su nombre se ha hecho famoso en la historia de la frontera. Oriundo de Kentucky y de saga cazadora, su abuelo materno, el coronel Wheatley, un compañero de Boon¹³⁰, fue uno de los pioneros del Oeste que se distinguió en las guerras indias y murió en una de las luchas del «Terreno Sangriento»¹³¹. Tendremos ocasión de hablar frecuentemente de este Sublette y siempre a favor de sus cualidades como cazador. En 1830, la sociedad tomó el nombre de Compañía Peletera de las Montañas Rocosas, de la cual el capitán Sublette y Robert Campbell fueron miembros prominentes.

Mientras tanto, el éxito de esta compañía atrajo la atención e hizo que la Compañía Peletera Americana se fijara en ellos y los incorporara de nuevo a su antigua compañía. El señor Astor, el fundador de esta sociedad, se había retirado de los negocios y los intereses de la empresa eran gestionados con habilidad por el señor Ramsay Crooks, un personaje del río Snake, quien todavía oficia como presidente. Inmediatamente, ambas empresas compitieron por el comercio con las tribus de las montañas y el trampeo en las cabecezas del Columbia y de otros grandes tributarios del Pacífico. Además de las operaciones habituales de estas formidables rivales, hubo otras de menor entidad y duración llevadas a cabo por empresas menores o por aventureros individuales, además de por partidas errantes de cazadores, las cuales, o bien cazaban por su propia cuenta, o bien prestaban sus servicios por una temporada a una u otra de las principales compañías.

La consecuencia fue que las Montañas Rocosas y las regiones de tramontana, desde las posesiones rusas en el norte hasta las colonias españolas de California, fueron recorridas y saqueadas por todas partes por bandas de cazadores y comerciantes indios; de resultas de lo cual apenas hay un paso de montaña, o desfiladero, que no fuera conocido y traspasado en sus incesantes migraciones, ni tampoco un solo arroyo ignoto que no fuera transitado por algún trampero solitario.

Las compañías peleteras estadounidenses no mantienen puestos estables al otro lado de las montañas. Todo está regulado por socios residentes, es decir, por los socios que residen en el territorio tramontano, pero que se trasladan de un lugar a otro ya sea con las tribus indias, cuyo tráfico desean monopolizar, o con las principales partidas de sus propios hombres, a los que emplean para el comercio y el trampeo. Mientras tanto, se envían partidas de cazadores, o «brigadas» como se las llama, en varias direcciones, a las que se les asigna una parte del país como territorio de caza o trampeo. En los meses de junio y julio, cuando hay un período de veda, se celebra un rendezvous, en algún lugar designado en las montañas, durante el cual los socios residentes rinden cuentas de los asuntos del año anterior y planifican los del siguiente.

A esta cita acuden diferentes brigadas de cazadores desde sus muy distantes territorios de caza llevando consigo los productos de su campaña anual. Allí acuden también las tribus indias habitadas a comerciar pieles con la compañía. Partidas de tramperos independientes se dan cita también esos días para vender las pieles que han recogido o para

que contraten sus servicios para la siguiente temporada de caza¹³².

Bajo la dirección de algún socio o trabajador experimentado, la empresa envía anualmente a este encuentro un convoy de suministros desde su sede en la frontera atlántica¹³³. A la llegada de este convoy, el socio residente en el punto de encuentro es el responsable de poner a punto todo lo necesario para el año siguiente.

Ahora bien, como las compañías rivales permanecen ojo avizor y están ansiosas por descubrir los planes y movimientos de las otras, por lo general se las apañan para mantener sus reuniones anuales a no mucha distancia unas de otras. Hay también una feroz rivalidad para lograr que sus respectivos convoyes de suministros lleguen los primeros a su respectivo punto de encuentro. Para conseguirlo, se ponen en marcha en cuanto verdean las primeras hierbas en la frontera atlántica y salen a todo meter hacia las montañas. La empresa que primero pueda abrir sus tentadores suministros de café, tabaco, municiones, ropas escarlatas, mantas, chales brillantes, y baratijas deslumbrantes es la que tiene mayor posibilidad de conseguir todos los curtidos y las pieles de los indios y de los tramperos independientes, y de contratar sus servicios para la próxima temporada. Conseguirlo les permite, también, equipar y enviar de nuevo al trabajo a sus propios cazadores lo más pronto posible con el fin de llevar ventaja sobre sus competidores y para establecer los mejores puestos en los territorios de caza y trampeo.

De esa rivalidad en la caza y en el trampeo ha surgido un nuevo tipo de estrategia. El espionaje constante de las partidas rivales sirve para anticiparse y burlarlas; para ganarse la

buena voluntad y fidelizar a las tribus indias; para entorpecer los planes de los demás; para que confundan las rutas; en una palabra, junto a su propio beneficio, el espionaje de quienes comercializan con los indios va en detrimento de su competidor.

La llegada de este comercio errante ha tenido sus efectos en las costumbres de las tribus de las montañas. Se han dado cuenta de que los castores son las piezas de caza más rentables. Traficar con el hombre blanco les ha abierto las puertas a unos lujos de los que antes no tenían ni idea. La introducción de las armas de fuego les ha convertido en cazadores más eficientes, pero, al mismo tiempo, en los enemigos más formidables; algunos de ellos, incorregiblemente salvajes y guerreros por naturaleza, han hecho de las expediciones de los comerciantes de pieles los objetivos de sus lucrativas expediciones. Acechar y acosar a una partida de cazadores cuando avanza a duras penas con sus bestias de carga por los escarpados desfiladeros se ha convertido en el asalto favorito de estos indios como lo es para los árabes de los desiertos el saqueo de las caravanas. Los crows y los blackfeet, que sembraron el terror en las rutas de los primeros viajeros hacia Astoria, continúan todavía con sus hábitos depredadores, pero parece que han perfeccionado su sistema. Conocen las rutas y los refugios de los cazadores; dónde acecharlos cuando viajan; dónde encontrarlos en las temporadas de caza, y dónde caer sobre ellos en los cuarteles de invierno. Por lo tanto, la vida de un cazador es la del centinela perpetuo que tiene que dormir con su arma en la mano.

Un nuevo tipo de tramperos y comerciantes ha surgido también a partir de este estado de cosas. En los viejos tiem-

pos de la gran Compañía del Noroeste, cuando el comercio de pieles se llevaba principalmente a cabo cerca de los lagos y los ríos, las expediciones se realizaban en *bateaux*¹³⁴ y canoas. Los *voyageurs* o barqueros eran fundamentales para el trabajo del comerciante, e incluso a los rudos «hombres del norte», esos grandes rufianes y pájaros de cuenta, les complacía ser llevados a golpe de remo de un punto a otro de sus migraciones.

Ahora ha surgido una clase totalmente diferente: «los montañeses»¹³⁵, los comerciantes y tramperos que escalan las grandes cadenas montañosas y colman sus peligrosas ambiciones en sus rincones salvajes. Se mueven de un lugar a otro a caballo. Así las cosas, el ejercicio ecuestre al que están obligados, la naturaleza de los territorios que atraviesan y las vastas llanuras y montañas, tan puras y estimulantes por sus características atmosféricas, parecen haber forjado una estirpe de comerciantes y cazadores de pieles que es física y mentalmente más viva y temperamental que las de antaño, los auto envanecidos «hombres del norte». Un hombre que cabalga a lomos de caballo debe ser esencialmente diferente de otro que ha de encogerse en una canoa. Son resistentes, ágiles, vigorosos y activos; extravagantes en palabra, pensamiento y acción; no prestan atención a las dificultades; osados ante el peligro y pródigos del presente, no piensan en el futuro.

Esa diferencia se percibe incluso entre estos cazadores de montaña y los de las regiones más bajas a lo largo de las aguas del Misuri. En general, estos últimos, los criollos franceses, viven cómodamente en chozas y cabañas bien protegidos de las inclemencias del tiempo. Habitan cerca de los

avituallamientos habituales de las poblaciones; su vida está relativamente libre de peligro y de la mayoría de los rigores de las altitudes. La consecuencia es que son menos resistentes, más dependientes y débiles de espíritu que los montañeses. Para estos, el azar se interpone en su camino hacia y desde los poblados, lo que les convierte en gallos de pelea entre los gallos comunes del gallinero. Acostumbrados a vivir en tiendas de campaña o a vivaquear al aire libre, desprecian las comodidades y se muestran impacientes cuando están confinados en una casa. Si su comida no está lista a tiempo, cogen el rifle, salen al bosque o a la pradera, abaten su pieza, encienden la lumbre y se preparan el almuerzo. Con su caballo y su fusil son independientes del mundo y desprecian todas sus penalidades. Los mismísimos superintendentes de los puestos de las llanuras no conseguirán que hagan rancho con los hombres comunes, los mercenarios de los asentamientos, sino que los tratan como seres superiores.

Quizás no exista ninguna clase de hombres sobre la faz de la tierra —dice el capitán Bonneville— que lleve una vida de más esfuerzo continuado, peligro y emoción, y que esté más enamorada de su oficio que los tramperos francos del Oeste. Ningún trabajo, ningún peligro, ninguna privación pueden apartar al trampero de sus objetivos. Su pasión puede parecer, a veces, manía. En vano podrán los salvajes más aguerridos y crueles apartarlo de su camino; en vano podrán rocas, precipicios y torrentes invernales impedir su avance; basta que vea una sola huella de castor para que se olvide de todos los peligros y desafíe todas las dificultades. A veces se le puede ver con sus trampas al hombro, atravesando a su manera las rápidas corrientes saltando entre bloques de hielo flotante;

en otras ocasiones se le encuentra con sus trampas colgadas a la espalda trepando las montañas más escarpadas, escalando o descendiendo por los barrancos más terribles, buscando por vías inaccesibles a caballo, que nunca antes pisaron los hombres blancos, manantiales y lagos desconocidos para sus camaradas en los cuales podrá dar con sus piezas favoritas. Ese es el montañés, el rudo trampero del Oeste; y ese, como ya hemos apuntado, es el salvaje modo de vida a lo Robin Hood, con todo su extraño y variopinto bagaje, que existe hoy plétórico y vigoroso en las Montañas Rocosas.

Después de haber dado al lector una idea de la situación real del comercio peletero en el interior de nuestro vasto continente y dada a conocer la caballería silvestre de las montañas, no podemos retrasar más la presentación del capitán Bonneville y de su partida durante su aventura que empezaremos por situar en las peligrosas planicies del Lejano Oeste.

CAPÍTULO 2

EL PRIMERO DE MAYO de 1832 el capitán Bonneville salió del puesto fronterizo de Fort Osage, en el Misuri. Había alistado un grupo de ciento diez hombres, la mayoría de los cuales habían estado en tierras indias y algunos de ellos eran expertos cazadores y tramperos. En Fort Osage, como en otros lugares de los confines del salvaje Oeste, abundan los individuos de esa clase, siempre dispuestos para cualquier expedición.

El modo habitual de transporte de los comerciantes peleteros en estas grandes expediciones hacia el interior son las mulas y los caballos de carga, pero el capitán Bonneville los substituyó por carromatos. A pesar de que iba a viajar a través de una zona virgen desprovista de caminos, la mayor parte de su ruta pasaría por llanuras abiertas, carentes de bosques, en las cuales los carromatos pueden circular por donde les plazca. La principal dificultad aparece al atravesar los profundos barrancos que los arroyos y los torrentes invernales horadan en las praderas. A menudo en esos lugares es necesario excavar una vereda bajo las orillas y tender puentes para los carros.

El capitán Bonneville pensó que cargar los bastimentos en ese tipo de transporte ahorraría el gran retraso que se produce cada mañana para cargar las caballerías y el trabajo de descargarlas por la noche. Se necesitarían menos caballos y habría menos riesgo de que escaparan o los hurtaran los indios. Además, los carromatos se podrían defender más fácilmente formando una especie de fortificación en caso de un ataque en las praderas. Un tren de veinte carros cargados de mercancías, municiones y provisiones, tirados por bueyes o por cuatro mulas o cuatro caballos cada uno, se alineó en dos columnas en el centro de la partida, dividida en sendos cuerpos de vanguardia y retaguardia. El capitán Bonneville había elegido como vicelíderes o lugartenientes de su expedición a los señores J. R. Walker y M. S. Cerré. El primero era natural de Tennessee, medía cerca de seis pies de alto, era de constitución robusta, tez oscura y fuerte de espíritu, aunque suave de modales. Había residido durante muchos años en Misuri, en la frontera; había sido uno de los primeros

aventureros en ir a Santa Fe, donde fue a trampear castores y fue arrestado por los españoles. Cuando lo liberaron, se alió con los españoles y los indios sioux en una guerra contra los paunis¹³⁶; luego regresó a Misuri donde trabajó a temporadas como sheriff, comerciante y cazador, hasta que el capitán Bonneville lo alistó como lugarteniente. Cerré, el otro líder, había participado también en las expediciones a Santa Fe, durante las cuales había tenido que soportar muchas penalidades. Era de estatura media y de complexión ligera y, aunque tenía unos veinticinco años, era considerado un experimentado comerciante con buena mano con los indios.

Un gran objetivo del capitán Bonneville era llegar a las montañas antes de que los calores y las moscas del verano convirtieran en angustioso el viaje por las praderas; además, así llegarían antes de que otros grupos relacionados con el comercio peletero se hubieran dispersado por los cotos de caza.

Ese año, las dos compañías rivales ya mencionadas, la Compañía Peletera Americana y la Compañía Peletera de las Montañas Rocosas, tenían sus lugares de encuentro a no mucha distancia entre sí, en Pierre's Hole, un profundo valle en el corazón de las montañas, y allí se dirigió el capitán Bonneville con intención de comenzar su expedición.

No es fácil hacer justicia a los sentimientos eufóricos de nuestro meritorio capitán al verse encabezando una gran partida de cazadores, tramperos y leñadores, lanzado por las grandes praderas y enfrentado al infinito Oeste. Y si el habitante más dócil de las ciudades, el hijo más mimado de la civilización, siente que su corazón se dilata y que su pulso late al máximo cuando se ve a caballo ante la maravillosa naturale-

za, ¡cuánta debería ser la emoción de aquel cuya imaginación había sido espoleada por haber residido en la frontera y para quien la naturaleza salvaje era un territorio novelesco!

Sus endurecidos acompañantes compartían su júbilo. La mayoría de ellos ya habían experimentado la salvaje libertad de la vida en plena naturaleza, y deseaban que se repitiesen aventuras y hazañas pasadas. Su propia apariencia y su equipamiento mostraban una abigarrada mezcla de colores, medio civilizados y medio salvajes. Por sus atuendos y pertrechos muchos de ellos parecían más indios que hombres blancos, y sus caballos iban enjaezados al estilo bárbaro, con fantásticos atavíos. La salida de una partida de aventureros en una de esas expediciones es siempre vistosa y alegre. El cielo resonaba con gritos y aullidos como los de los salvajes, y con alegres chanzas y bulliciosas carcajadas. Al pasar junto a los últimos caseríos y cabañas solitarias que bordean las franjas fronterizas sorprendían a sus habitantes con alaridos y gritos de guerra indios, o les obsequiaban con grotescas piruetas ecuestres, ambas muy adecuadas a su aspecto semisalvaje. Como la mayor parte de esos asentamientos estaban habitados por hombres que habían participado en expediciones similares, daban la bienvenida a los viajeros y, como hermanos tramperos, los trataban con hospitalidad de cazadores y les deseaban sinceramente buena suerte cuando los despedían.

En este punto nos gustaría subrayar una gran diferencia en lo que se refiere a carácter y cualidades entre las dos categorías de cazadores, el «americano» y el «francés», como se les llama por contraposición. Esta última categoría designa al criollo francés de Canadá y Luisiana; la primera,

al cazador de la vieja estirpe estadounidense de Kentucky, Tennessee y de otros estados occidentales. El trampero francés se nos presenta como un tipo más ligero, suave de maneras, más amable y más autoindulgente. Debe tener su esposa india, su cabaña y sus pequeñas comodidades. Es alegre y despreocupado, pone poca atención en los hitos que marcan los caminos, depende de sus líderes y compañeros que piensan por el bien común, y, si se le deja solo, es fácil que se desliste y se pierda.

El cazador americano se basta por sí mismo y es incomparable para desenvolverse en plena naturaleza salvaje. Déjale en medio de una pradera o en el corazón de las montañas y nunca se perderá. Toma nota de cada punto de interés; puede desandar el camino a través de las llanuras más monótonas o de los más complicados laberintos de las montañas; no hay peligro ni dificultad que le pueda espantar y desprecia quejarse ante cualquier penalidad. En el equipamiento de los dos tipos de cazadores, el criollo y el canadiense tienden a preferir el fusil corto; el norteamericano siempre agarra su rifle¹³⁷ y desdeña lo que él llama la «escopeta». Fiamos estas valoraciones en la autoridad de un comerciante de larga experiencia y extranjero de nacimiento. «Yo creo que un estadounidense —decía— equivale a tres canadienses en lo que se refiere a sagacidad, aptitud para aprovechar los recursos, autodependencia e intrepidez. De hecho, nadie puede competir con él como trampero en plena naturaleza».

Junto a las dos categorías de cazadores que se acaban de mencionar, el capitán Bonneville había alistado a varios indios delaware¹³⁸, en cuya capacidad cazadora tenía gran confianza.

El 6 de mayo, los viajeros pasaron por la última morada de la frontera y se despidieron para mucho tiempo de la comodidad y la seguridad de la civilización. Los ánimos exaltados y alegres con los que habían iniciado la marcha disminuían poco a poco a medida que comenzaban las dificultades. Encontraron las praderas azotadas por las celliscas que son tan frecuentes en ciertas estaciones del año en esta parte del país; las ruedas de las carretas se hundían profundamente en el lodo y los caballos lo hacían frecuentemente hasta el espolón; tanto corceles como jinetes estaban completamente fatigados la tarde del día 12 cuando llegaron al río Kansas, una corriente delgada de unas trescientas yardas de ancho que desemboca en el Misuri desde el sur¹³⁹. Aunque vadeable por casi todas partes a finales del verano y durante el otoño, en esos momentos fue necesario construir una balsa para que lo cruzaran carromatos y bastimentos.

Lo hicieron al día siguiente y, por la tarde, toda la partida llegó a la Agencia de la tribu kansas¹⁴⁰. Estaba sujeta a la supervisión del general Clarke, hermano del célebre viajero del mismo nombre, que, junto con Lewis, hizo la primera expedición por las aguas del Columbia¹⁴¹. Vivía como un patriarca rodeado de trabajadores e intérpretes, todos cómodamente alojados y provistos de excelentes granjas.

El funcionario de rango más próximo al agente era el herrero, el personaje más importante y, de hecho, indispensable en una comunidad fronteriza. Los kansas se asemejan a los osages¹⁴² en costumbres, ropaje y lenguaje; cultivan maíz y cazan bisontes a lo largo del río Kansas y sus afluentes; en el momento de la visita del capitán, estaban en guerra con los paunis del río Nebraska o Platte.

La exótica vista de un tren de carromatos causó sensación entre los salvajes, que se acercaban a la caravana examinándolo todo minuciosamente y haciendo mil preguntas, demostrando un nivel de excitación y una viva curiosidad totalmente opuestas a la apatía que se reprocha a menudo a su raza.

El personaje que más atrajo la atención del capitán en este lugar fue «Pluma Blanca», el jefe de los kansas, y enseguida se hicieron buenos amigos. Pluma Blanca (estamos satisfechos con su caballeresco sobrenombre¹⁴³), habitaba una gran casa de piedra construida para él por orden del Gobierno americano, pero la construcción no se había llevado a cabo con el estilo que correspondía. Puede ser que pareciera un palacio por fuera, pero era una choza por dentro; de manera que, entre la majestuosidad de la mansión y la parquedad del mobiliario, el galante Pluma Blanca era una muestra de la caprichosa incongruencia que podemos ver en los ropajes de gala de un jefe indio que, durante una embajada para firmar tratados en Washington, hubiera sido generosamente equipado con un sombrero de tres picos y un abrigo militar, en contraste con su taparrabos y sus polainas de cuero¹⁴⁴; de lo que resulta un gran oficial por fuera y un indio harapiento por dentro.

Pluma Blanca estaba tan prendado de la cortesía del capitán y tan satisfecho con uno o dos regalos que le había dado, que lo acompañó todo un día de marcha y pasó una noche en su campamento, a orillas de un pequeño arroyo. El método de acampada que generalmente seguía el capitán era el siguiente: los veinte carromatos se disponían en cuadrado, a una distancia de treinta y tres pies el uno del otro. En cada espacio entre uno y otro se situaba un rancho; cada rancho

tenía su hoguera en la que los hombres cocinaban, comían, charlaban y dormían. Los caballos se colocaban en el centro del cuadrado, con un centinela apostado cerca de ellos por la noche.

Los caballos eran «amarrados por el costado», tal y como se dice cuando las patas delantera y trasera del mismo costado se atan juntas hasta que estén distanciadas unas dieciocho pulgadas la una de la otra. Un caballo atado de este modo se queda algún tiempo desconcertado, pero enseguida se acostumbra a moverse lentamente. Amarrarlo así impide que deambule a su antojo y que pueda ser robado fácilmente por la noche por indios merodeadores. Cuando un caballo que está con «pata libre» se ata a otro amarrado de costado, este último se convierte, por así decirlo, en pivote alrededor del cual los otros corren y giran en caso de alarma.

El campamento del que estamos hablando presentaba una estampa sorprendente. Las distintas hogueras aparecían rodeadas por grupos pintorescos, con hombres de pie, sentados y recostados; unos se ocupaban de cocinar y otros de limpiar sus armas; las frecuentes carcajadas indicaban que estaban gastando bromas o contando alegres historietas. En el centro de la acampada, delante de la tienda de respeto, se sentaron los dos jefes, el capitán Bonneville y Pluma Blanca, en comunión militar, el capitán encantado de la oportunidad de reunirse con uno de los guerreros rojos del desierto, los rudos hijos de la naturaleza. Pluma Blanca estaba en cuclillas sobre su piel de bisonte, con sus pronunciados rasgos y su piel de color rojo iluminados de lleno a la luz del fuego. Mientras, relataba cuentos asombrosos de las sangrientas hazañas de su tribu y de sí mismo en sus guerras con los

paunis, porque no hay viejos soldados más proclives a contar largas historias de sus campañas que los indios «bravos»¹⁴⁵. Las fobias de Pluma Blanca, sin embargo, no se limitaban a los pieles rojas; tenía mucho que contar de sus enfrentamientos con los cazadores de abejas, una clase de delincuentes a quienes parecía guardar un rencor especial. Como el tipo de caza que hacen estos próceres no se recoge en ninguno de los antiguos libros de montería¹⁴⁶, y es, de hecho, tan típico de nuestra frontera occidental, una o dos palabras sobre el tema no pueden dejar de interesar al lector.

El cazador de abejas es generalmente uno de los colonos del borde de las praderas; un tipo larguirucho y lacio, achacado de fiebres intermitentes por vivir en tierras inhóspitas y en chozas construidas con troncos verdes. En otoño, cuando la cosecha ha terminado, los colonos de la frontera forman grupos de dos o tres y se preparan para cazar abejas. Después de haberse procurado un carro y algunos toneles vacíos, se echan al campo armados con rifles, rumbo al este, al oeste, al norte o al sur, sin tener en cuenta la ordenanza del Gobierno que prohíbe estrictamente toda intromisión en las tierras pertenecientes a las tribus indias.

Las franjas de bosques que cruzan las praderas bajas y bordean los ríos están pobladas por innumerables enjambres de abejas silvestres que construyen sus colmenas en árboles huecos y los llenan con miel, que es la dulce recompensa de las vistosas flores de las praderas. De acuerdo con el saber popular, las abejas están migrando al igual que los colonos, hacia el oeste. Un comerciante indio con mucha experiencia en el país¹⁴⁷ nos informó que durante los diez años que ha pasado en el Lejano Oeste, la abeja ha avanzado hacia

poniente más de un centenar de millas. En Misuri se dice que el pavo y la abeja silvestres remontan a la par el río; no se encuentran en las regiones más altas. Hasta hace poco el pavo salvaje no había sido abatido en el Nebraska, o Platte; su viajero competidor, la abeja salvaje, apareció allí casi al mismo tiempo.

Sigamos con el relato: nuestros grupos de cazadores de abejas recorren grandes trechos por los lechos arbolados de los ríos y las manchas de bosque de las praderas, y van marcando, a medida que pasan, todo árbol en el que hayan descubierto una colmena. Generalmente, esas marcas son respetadas por cualquier otro cazador de abejas que pase por allí. Cuando han marcado los suficientes como para llenar todos sus toneles, dan media vuelta y, mientras se dirigen a casa, van cortando árboles a medida que avanzan y, después de haber cargado el carro con miel y cera, regresan más que contentos a los asentamientos.

Ahora resulta que a los indios les gusta saborear la miel silvestre tanto como a los hombres blancos y están de lo más encantados con este lujo natural que, en muchos casos, ha aparecido recientemente en sus tierras. Las consecuencias son innumerables disputas y conflictos entre ellos y los cazadores de abejas: a menudo, cuando una partida de estos últimos vuelve de una de sus incursiones cargada de rico botín puede que sea asaltada por los señores naturales del territorio; sin su miel, con los arneses hechos trizas, logran encontrar su camino a casa de la mejor manera que pueden y contentos de escapar sin más daño que alguna costilla magullada.

Tales eran los rufianes de cuyos delitos el galante Pluma Blanca se quejó amargamente. Eran principalmente los colo-

nos de la zona occidental de Misuri, que son los más famosos cazadores de abejas de la frontera, y cuyo terreno de caza favorito se encuentra dentro de las tierras de la tribu kansas. No obstante, de acuerdo con el relato de Pluma Blanca, las cosas estaban bastante parejas entre él y los delincuentes; él les había hecho probar el sabor de lo amargo porque les había robado los dulces.

Hay que hacer justicia a este valiente jefe diciendo que ha dado pruebas de haber adquirido de su cercanía a los blancos algunas de las luces de la civilización, como prueba su conocimiento de cómo llevar un negocio. Pidió dinero en efectivo a cambio de un poco de maíz con el que suministrar al benemérito capitán, y le dejó con la duda de qué admirar más, si su caballerosidad innata de bravo, o la destreza aprendida como comerciante.

CAPÍTULO 3

EN LA SEGUNDA MITAD de mayo, el capitán Bonneville continuó en dirección oeste por vastas llanuras onduladas desprovistas de árboles o arbustos, a veces anegadas por las lluvias y cortadas por profundas corrientes de agua en las cuales tenían que cavar caminos para las carretas al pie de taludes que se desmoronaban fácilmente o tender puentes sobre los arroyos. Había llegado el calor del verano; el termómetro alcanzaba cerca de catorce grados por la mañana temprano, pero subía a cerca de los treinta y dos a mediodía¹⁴⁸. Sin

embargo, las brisas constantes que barren estas vastas llanuras hacen soportables los calores.

La caza escaseaba y tenían que procurarse una magra comida a base de raíces y plantas silvestres, como la papa india, la cebolla silvestre y el tomate de las praderas, y se refrescaban con zumos de «raíz roja», de la que los cazadores hacen una bebida muy agradable al paladar¹⁴⁹. El único ser humano que se cruzaron por el camino fue un guerrero kansas de regreso de una expedición solitaria de bravura o de venganza, que llevaba un cuero cabelludo pauni como trofeo.

El país se alzaba poco a poco conforme avanzaban hacia el oeste mientras su ruta los llevaba por lomas altas que proporcionaban panorámicas amplias y hermosas. La gran llanura estaba salpicada al oeste por innumerables colinas de forma cónica, como las que pueden verse al norte del río Arkansas. Estas colinas tienen las cumbres aparentemente cortadas a la misma altura, con superficies planas en la parte superior. Algunos piensan que todo el país pudo haber tenido originalmente la misma altitud que esas montañas tabulares y que algún proceso natural pudo haberlo dejado a su nivel actual, porque estas prominencias aisladas están sostenidas por grandes cimientos de roca sólida¹⁵⁰.

El capitán Bonneville menciona otro fenómeno geológico al norte del río Red¹⁵¹, en el que vastas extensiones de terreno están cubiertas de grandes losas de arenisca que presentan la forma y la posición de lápidas mortuorias, como si hubieran sido dispuestas por algún movimiento subterráneo. «El parecido —dice— que esos lugares tan notables tienen en muchos sitios con los camposantos de las iglesias antiguas

es extremadamente curioso. Uno casi podría fantasear con encontrarse entre las tumbas de los preadánitas»¹⁵².

El 2 de junio llegaron al cauce principal del río Platte o Nebraska, a veinticinco millas por debajo de la cabecera de Grand Island¹⁵³. Los bajos márgenes de este río le hacen parecer muy ancho. El capitán Bonneville midió en un lugar y encontró una anchura dos mil doscientas yardas de un banco a otro. Su profundidad era de tres a seis pies, con el fondo cubierto por arenas movedizas. El Nebraska está salpicado de islas cubiertas de esa especie de álamo llamado el árbol del algodón¹⁵⁴. Debido a la escasez de caza, a lo largo del curso de este río se vieron obligados durante varios días a alimentarse de sus menguadas despensas y, algunas veces, a sacrificar un novillo. Sin embargo, llevaban las penalidades y privaciones cotidianas con muy buen humor, que, con toda probabilidad, emanaba del carácter optimista de su líder. «Si el clima era inclemente, contaba el capitán, mirábamos a las nubes y aguardábamos al sol radiante y al cielo azul. Si la comida era escasa, nos regalábamos con la esperanza de que pronto estaríamos entre manadas de bisontes y no tendríamos nada más que hacer que matar y comer». Nos cabe la duda de si el genial capitán no estaría describiendo su propia jovialidad, que irradia alegría a todo el que lo rodea.

Había pruebas ciertas, no obstante, de que el país no había estado siempre falto de caza. En un sitio dieron con un campo decorado con cráneos de bisonte colocados en círculos, curvas y otras figuras geométricas, como dispuestos para algún rito o ceremonia mística. Eran poco menos que incalculables y parecían proceder de un gran sacrificio ofrecido

en acción de gracias al Gran Espíritu como ofrenda por el éxito de la cacería.

El 11 de junio llegaron a la bifurcación en la que el Nebraska se divide en dos hermosas corrientes iguales¹⁵⁵. Una de estas ramas arranca en el oeste-suroeste, cerca de la cabecera del Arkansas. Aguas arriba de esta rama, como sabía muy bien el capitán Bonneville, estaba la senda que llevaba a los indios comanches y kiowas¹⁵⁶, y a los asentamientos del norte de México; de la otra rama no sabía nada. Sus fuentes bien podrían estar entre farallones salvajes de difícil acceso, desde donde el río descendería espumeando entre desfiladeros y precipicios no menos escarpados; pero su cauce coincidía con la dirección que quería seguir el capitán, que decidió seguir su ruta hacia las Rocosas remontando ese brazo. Ante la imposibilidad, dadas las arenas movedizas y otros obstáculos peligrosos, de cruzar el río en ese paraje, se mantuvieron a lo largo del brazo sur durante dos días, buscando un vado seguro. Cuando acamparon, ordenó que se quitaran las ruedas de los carromatos, se recubrieran los bajos con piel de bisonte y se embadurnaran con una mezcla de sebo y cenizas para improvisar unas barcazas rudimentarias. Transportaron en ellas sus bastimentos a través del cauce, que tenía seiscientas yardas de ancho y una corriente rápida y fuerte. En cada barcaza viajaban tres hombres encargados de manejarla; otros vadearon protegidos detrás de ellas. De esa forma, todos cruzaron seguros. Una marcha de nueve millas los llevó hasta las praderas altas que rodeaban el brazo norte; sus ojos se deleitaron con el alegre avistamiento de distantes manadas de bisontes, unos triscando en la llanura, otros paciendo y otros descansando en los prados húmedos.

Bordeando el brazo norte durante un día o dos, terriblemente acosados por los mosquitos y las moscas de los bisontes¹⁵⁷, la tarde del día 17, llegaron a una pequeña pero hermosa arboleda de la que surgían las estridentes notas de pájaros cantores, las primeras que habían oído desde que cruzaron la frontera de Misuri. Después de tantos fatigosos días viajando a través de un país desarbolado, monótono y silencioso, era una delicia escuchar otra vez el canto de las aves y contemplar el verdor de la arboleda. Hubo una hermosa puesta de sol y la vista de los brillantes rayos luminosos atravesando las copas de los árboles y las ramas susurrantes alegró todos los corazones. Acamparon en el bosque, encendieron las hogueras, comieron alegremente de su parca despensa, y tuvieron el sueño más dulce que habían disfrutado desde que entraron en las praderas.

A partir de allí, el territorio se volvió agreste y escarpado¹⁵⁸. Los altos despeñaderos que llegaban hasta el río obligaban de vez en cuando a que los viajeros abandonaran los bancos fluviales para dirigirse hacia el interior. En uno de esos salvajes y solitarios pasos se sorprendieron al dar con el rastro de cuatro o cinco caminantes, a los que supuestamente catalogaron como espías de algún campamento depredador de indios arikaras o de crows. Eso obligó a que redoblaran la guardia nocturna y a prestar especial atención a los caballos.

En estas regiones agrestes y elevadas comenzaron a ver ciervos de cola negra, una especie de mayor tamaño que el tipo ordinario, que se encuentra sobre todo en los países rocosos y montañosos¹⁵⁹. Habían llegado también a un inmenso territorio de bisontes; el capitán Bonneville trepó a un alto risco desde donde dispuso de una amplia vista de

la llanura circundante¹⁶⁰. Hasta donde alcanzaba la vista, el país aparecía absolutamente ennegrecido por innumerables rebaños. No hay palabras —contaba— para dar una idea adecuada de la gran masa viviente que tenía a su vista. Comentó que, por lo general, machos y hembras se congregaban en manadas separadas.

Frente al campamento había un fenómeno singular, que es una de las curiosidades del país. Se llama la Chimenea¹⁶¹. La parte inferior es un montículo cónico que se levanta de la llanura desnuda; sobre el montículo se dispara un eje o columna de unos ciento veinte pies de altura, de la cual procede su nombre. La altura total, según el capitán Bonneville, es de ciento setenta y cinco pies. Se compone de arcilla endurecida, con capas alternas de piedra arenisca roja y blanca, y se puede ver a una distancia de más de treinta millas.

El día 21 acamparon entre altos farallones y extraplomos de arcilla endurecida y arenisca que parecían torres, castillos, iglesias y ciudades fortificadas. A distancia, era casi imposible creer que no había construcciones humanas mezcladas con estos fantásticos fenómenos de la naturaleza. Han recibido el nombre de Scott's Bluffs¹⁶², que proviene de un hecho luctuoso. Hace algunos años, una partida iba bajando en canoas por el río cuando sus frágiles embarcaciones volcaron y toda su pólvora se mojó. Como sus rifles eran inútiles, no fueron capaces de cazar y tuvieron que alimentarse de raíces y frutos silvestres para subsistir. Después de sufrir un hambre extenuante, llegaron al Laramie, un pequeño afluente de la rama norte del Nebraska, a unas sesenta millas por encima de los acantilados que acabamos de mencionar. Allí, Scott¹⁶³, un miembro de la partida, enfermó; sus compañe-

ros se detuvieron hasta que pudiera recuperar la salud y la fuerza suficiente para seguir adelante.

Mientras vagaban en busca de raíces comestibles, descubrieron un rastro fresco de hombres blancos, que, evidentemente, habían pasado por allí no hacía mucho. ¿Qué podían hacer? Forzando la marcha podrían alcanzar a ese grupo y, por lo tanto, lograrían llegar seguros a los asentamientos. Si se quedaban, podían perecer de hambre y agotamiento. Sin embargo, Scott era incapaz de moverse y el resto estaba demasiado débil para ayudarlo a continuar, por lo que temían que si cargaban con él no podrían alcanzar al grupo de vanguardia. Así las cosas, acordaron abandonarlo a su suerte. Argumentando que salían otra vez a buscar comida y convencidos de que no se recuperaría de su enfermedad, lo abandonaron y se apresuraron a seguir el rastro. Lograron alcanzar a la partida que buscaban, pero no dijeron nada de su desleal abandono de Scott, de quien dijeron que había muerto a causa de la enfermedad.

El verano siguiente, cuando esos mismos sujetos visitaban esos lugares junto con otras personas, se encontraron de repente con los huesos blanqueados y el cráneo de un esqueleto humano, al que, por algunos indicios, reconocieron como los restos de Scott. Estaban a sesenta millas del lugar donde lo habían abandonado; parecía que el pobre hombre había recorrido esa enorme distancia antes de que la muerte pusiera fin a sus miserias. Los farallones salvajes y pintorescos de los alrededores de su solitaria tumba llevan desde entonces su nombre.

En medio de este paisaje salvaje y sorprendente, el capitán Bonneville contempló por primera vez rebaños del ahs-

ahta o cimarrón¹⁶⁴, un animal que frecuenta estos despeñaderos en gran número. Están adaptados a la naturaleza de tales paisajes y añaden mucho a su efecto romántico; a lo largo de los elevados escarpes de las montañas saltan como cabras de risco en risco, a menudo en manadas guiadas por algún patriarca venerable de cuernos retorcidos que le sobrepasan el hocico; a veces miran atentamente desde el borde de precipicios tan altos que parecen inaccesibles incluso para las cornejas; de hecho, al parecer, les encanta buscar los lugares más escarpados y terroríficos, que les ofrecen, sin duda, sensación de seguridad.

Este animal se llama comúnmente borrego de montaña y se confunde a menudo con otros animales, las «ovejas de lana»¹⁶⁵, que se encuentran más al norte, en el país de los flatheads. Estas últimas viven también en los cantiles durante el verano, pero descienden a los valles en invierno. Tienen una lana blanca, como de oveja, mezclada con una fina capa de pelo largo; pero tienen patas cortas, barriga prominente y una barba como de chivo. Sus cuernos miden cerca de cinco pulgadas de largo, ligeramente curvados hacia atrás, negros como el azabache y muy bien pulidos. Las pezuñas son del mismo color. Este animal no es, ni de lejos, tan activo como el cimarrón; no se mueve mucho, sino que gusta de sentarse sobre sus patas traseras. Tampoco es tan abundante; raramente se ven más de dos o tres a la vez. Su lana tiene poco parecido con la de las ovejas; se parece más a la de las cabras. Dicen que la carne tiene un sabor rancio; algunos han pensado que el vellón pudiera ser valioso, ya que se dice que es tan fino como la cachemira de la cabra, pero no puede obtenerse en cantidades suficientes.

El ahsahta, argali o cimarrón, por el contrario, tiene el pelo corto como un ciervo, al que se parece en la forma, pero la cabeza y los cuernos son de carnero, y se dice que su carne sabe a delicioso cordero. Los indígenas consideran que es más dulce y delicado que cualquier otro tipo de carne de venado. Abunda en las Montañas Rocosas, a partir de los cinco grados de latitud norte y se extiende hacia el sur, hasta California, por lo general en las regiones más elevadas capaces de sostener vegetación; a veces se aventura en los valles, pero, a la menor alarma, vuelve a sus acantilados y precipicios favoritos donde resulta peligroso, si no imposible, que le persiga el cazador.

CAPÍTULO 4

DURANTE LA MARCHA, el capitán Bonneville siempre enviaba algunos de sus mejores cazadores como avanzadilla para reconocer el país y escudriñar la caza. El 24 de mayo¹⁶⁶, cuando la caravana viajaba lentamente por las orillas del Nebraska, los cazadores regresaron al galope, agitando sus gorras, y dando el grito de alarma: «¡Indios! ¡Los indios!»

El capitán ordenó inmediatamente parar; los cazadores se acercaron y anunciaron que había una gran partida de guerra crow justo aguas arriba del río. El capitán conocía las costumbres de estos salvajes, una de las tribus más ladronas, guerreras, astutas y depredadoras de las montañas; unos cuatros de primera y muy dados a cometer actos de violencia

sanguinaria. En consecuencia, impartió órdenes de prepararse para actuar y cada uno adoptó rápidamente el puesto que se le había sido asignado en caso de emergencia bélica dentro del orden general de la marcha.

Se dispusieron en orden de batalla y el capitán se colocó a la cabeza de un pequeño destacamento que avanzó lenta y cautelosamente. Al cabo de un rato observó unos guerreros crows que salían de entre los riscos. Había cerca de sesenta; unos tipos marciales, pintados, engalanados, montados en caballos ataviados con todo tipo de parafernalias salvajes y dispuestos para la guerra. Se acercaban haciendo cabriolas de un estilo gallardo, con variadas y diestras piruetas, porque no hay quien los supere a caballo; sus colores brillantes, sus ostentosos y fantásticos adornos, deslumbrantes y radiantes bajo el sol de la mañana, les daban un aspecto verdaderamente llamativo.

Para quien no esté familiarizado con las tácticas y las ceremonias de esta ruda caballería de los yermos, su aspecto tenía un aire de franca hostilidad. Llegaron al galope con el cuerpo echado hacia adelante, como si fueran a hacer una carga furiosa, pero cuando estuvieron a tiro de piedra se abrieron a derecha e izquierda, y giraron en amplios círculos alrededor de los viajeros, gritando y aullando como posesos.

Una vez hecho eso, su fingida furia se transformó en tranquilidad y el jefe, acercándose al capitán, que se había comportado con calma porque estaba informado del carácter pacífico de la maniobra, le brindó la mano en señal de amistad. Se fumó la pipa de la paz y, a partir de ese momento, todo fue camaradería.

Los crows iban en persecución de una banda de cheyenes¹⁶⁷ que había atacado su pueblo por la noche y asesinado

a uno de los suyos. Ya habían pasado veinticinco días tras la pista de los asaltantes y estaban decididos a no volver a casa hasta que hubieran saciado su sed de venganza.

Unos días antes, algunos de los exploradores crows que rastreaban el país a distancia del cuerpo principal habían descubierto la partida del capitán Bonneville. La habían seguido durante un tiempo en secreto, maravillados de la larga fila de carros y bueyes, y especialmente sorprendidos al ver una vaca con su ternero siguiendo tranquilamente a la caravana; pensaban que eran algún tipo de bisonte manso. Después de haber satisfecho su curiosidad, regresaron e informaron al jefe de todo lo que habían visto. Así las cosas, dejó de lado su deseo de venganza para contemplar las maravillas que le describían.

«Ahora que os hemos conocido —le dijo al capitán Bonneville— y hemos visto estas maravillas con nuestros propios ojos, nuestros corazones están alegres». En efecto, nadie podría superar la curiosidad mostrada por esta gente por los objetos que tenían delante de ellos. Nunca habían visto carromatos y los examinaban con grandísima minuciosidad; pero el ternero era el principal objeto de su admiración. Lo observaban con gran interés, ya que lamía las manos de quienes les daban de comer y estaban impresionados con su expresión satisfecha y su perfecta docilidad.

Después de no pocas conjeturas, terminaron por concluir que tal cosa se debía a la «gran medicina» del hombre blanco, que así llaman los indios al poder sobrenatural y misterioso que se oculta como un talismán. Sin embargo, abandonaron rápidamente su elucubración después de que les ofrecieran cambiar el ternero por un caballo. Su idea de

la gran medicina se esfumó en un instante y declinaron la oferta.

A petición del jefe crow, las dos partidas acamparon juntas y pasaron el resto del día en compañía. El capitán estaba muy complacido con todas las oportunidades de obtener conocimientos de los «rústicos hijos de la naturaleza»¹⁶⁸ que habían sido durante tanto tiempo objeto de sus poéticas ensoñaciones; de hecho, esta tribu de cuatreros salvajes es una de las más notables de las montañas.

El jefe, por supuesto, tenía cueros cabelludos que mostrar y batallas que contar. El blackfeet es el enemigo ancestral del crow y la hostilidad hacia él es algo así como un preciado principio religioso; cada tribu, además de sus contrincantes ocasionales, tiene algún enemigo eterno con el cual no puede haber reconciliación duradera. Los crows y los blackfeet, sobre todo, son enemigos dignos el uno del otro, porque ambos son pícaros y rufianes de nacimiento. Como sus expediciones depredadoras se extienden por las mismas regiones, a menudo se topan unos con otros y estos conflictos ocasionales sirven para mantener su ingenio despierto y sus pasiones vivas.

Pero aquella partida crow no tenía nada del péfido carácter por el que son famosos. Durante el día y la noche que estuvieron acampados en compañía de los viajeros su conducta fue extremadamente amable. De hecho, se pusieron bastante pesados con sus zalamerías, y tenían una forma de hacer carantoñas que resultaba a veces bastante inoportuna. Hasta que no se despidieron a la mañana siguiente, el capitán y sus hombres no se percataron del secreto de tan cariñoso afecto. Durante sus caricias fraternales, los crows se las habían ingeniado para vaciar los bolsillos de sus herma-

nos blancos, para sustraer los botones de sus abrigos y, sobre todo, para llevarse gratis sus cuchillos de caza.

Por las alturas del Sol medidas en este último campamento, el capitán Bonneville determinó que estaban en la latitud $41^{\circ} 47'$ norte. A las seis de la mañana, el termómetro marcaba quince grados; a las dos de la tarde, llegó a treinta y tres; y a las seis, a veintiuno.

La colinas o montañas Black Hills¹⁶⁹ comenzaron a vislumbrarse, perfilándose en el horizonte con sus siluetas escarpadas y quebradas que amenazaban con formar una barrera difícil de traspasar en el camino de los viajeros.

El 26 de mayo¹⁷⁰ acamparon en el Laramie's Fork, una corriente diáfana y hermosa, que nace en el oeste-sudoeste, manteniendo una anchura media de unas veinte yardas¹⁷¹ y transcurre por amplios prados adornados con arboledas y bosquecillos en los que abundan zarzamoras y grosellas.

Mediante la observación de los satélites de Júpiter con un telescopio reflector Dolland, el capitán Bonneville determinó que la longitud era $102^{\circ} 57'$ al oeste de Greenwich¹⁷².

Ahora nos apartaremos un poco de nuestro relato para explicar que unos tres años después del tiempo que estamos narrando, el señor Robert Campbell, antiguo integrante de la Compañía Peletera de las Montañas Rocosas, descendió el Platte en canoa de piel desde este afluente, lo que demuestra algo que siempre se había negado: que el río era navegable. Casi al mismo tiempo, construyó un fuerte o puesto comercial en el Laramie's Fork, al que llamó Fort William, en atención a su amigo y socio, el señor William Sublette¹⁷³. Desde ese momento, el Platte se convirtió en una carretera para los comerciantes de pieles.